

desde un cuestionamiento global de la obra de Marx, no de una parte de ésta, lo cual supone en un primer momento cuestionarse su validez pasada, presente y futura; a partir de esto son posibles las revisiones y las nuevas lecturas. De aquí puede derivarse que sus análisis sobre los movimientos que participan de la subversión radical son, no tan sólo relativamente optimistas, sino que, incluso, no aportan nada nuevo a lo dicho anteriormente por autores como Foucault¹, dando la impresión de que pueden suponer un paso atrás en cuanto que, en algunos aspectos, no superan, a nivel formal, los planteamientos sobre bloque histórico que Gramsci acuñó en los *Cuadernos* escritos durante su estancia en la cárcel.

(1) «Deleuze-Foucault: un diálogo sobre el poder». *Viejo Topo*, n.º 6. Marzo, 1977.

AMOR SIN AMO

Mario Merlino

Magda Catalá.
Reflexiones desde un cuerpo de mujer.
Editorial Anagrama.
Barcelona, 1983.

A borbotones. El libro, claro: es un libro escrito a borbotones. Creo que es así como resuenan los ensayos: cuando se infiltra el poema, la cita de las palabras del hijo, o de algún paciente anónimo, o el

grito. Es por eso por lo que —obviamente— Magda Catalá resultó ser una de las finalistas del *X Premio Anagrama de Ensayo*. Y Magda Catalá grita, golpea, sacude, con la medida que le da su inteligencia, su rigor de excelente lectora, su precisión en el salto de las asociaciones —que *Natura facit saltus*, decía Brecht por motivos diversos—. O no. Y, además, Magda Catalá renuncia al grito fanático de tanto feminismo de pacotilla, surgido para que don Maniqueo se mese las barbas, sonría satisfecho y le guiñe —provocador— el ojo a muchos Jomeini de este siglo. Magda grita de otra forma, y si la nombro por su nombre de pila no es porque haga el elogio del agua bendita (prefiero los alcoholes benditos, que en plural sale menos dogmático) ni porque sea mi amiga. No la conozco, ni sabía que existiera hasta que me llegó a mis amables manos *Reflexiones desde un cuerpo de mujer*. Y no soy mujer travestida de hombre: como siempre, los casilleros hay que hacerlos valer, a ver. Pero no puedo dejar de reconocer que estoy preñado de Magda Catalá, que me he sentido sobado en el mejor sentido por ella hasta el soponcio, y que soy como Eros —chicato, diría mi otro yo argentino traduciendo a mi aire el italiano, o sea más ciego que Homero y Borges—, soy el entusiasmo pariendo mi goce de leer a Magda Catalá y dejándome parar por ella una y mil veces. Para colmo, Magda Catalá le dedica el libro «a dos hombres: Mario y Gino» y no creáis, tontos lectores míos, que me estáis leyendo, que me enaltece saber que hay otros Marios rondando por el mundo. Lo que yo entiendo —sutil, sutil— es que ese Mario y ese Gino son mitos, son arquetipos, como Psiqué, o Narciso,

o Cleo de cinco a siete. El mérito de una obra está en lo que irradia, está en que el nombre que musita o grita se convierte en Eco (¡caramba con los mitos!) y entonces deba de ser hoy, ayer, tú/vos, aquí y ahora: es todo al mismo tiempo.

En uno de los últimos capítulos, Magda Catalá afirma: «si nos dejamos del poder y de sus leyes, de Falos y penes y nos tomamos con amor, a la torera, al Edipo y a sus huestes, veremos que, más allá de tanto nombre y tanta palabrería, al fondo del espejo está la vida» (pág. 177). Y habría que agregar, sin corregir a la autora, sino sintetizando: y está la muerte, y el dolor de envejecer y —marcha nupcial de fondo, por lo del distanciamiento—: el duro-aprendizaje-de-la-soledad. Yo, a partir de estas frases, y a riesgo de parecer más obvio que Jesús a esta altura del partido (o de la partida), diría que el libro de Magda Catalá es un libro para la gente, sin distinción de sexo, sobre todo si nos hacemos cargo de un motivo que la autora desarrolla y que revela especialmente a través de textos poéticos: la mujer que somos también nosotros, y no porque en el libro que comentamos la mujer aparezca como un yo distinto y deslindado al que se pueda reproducir, sino porque —en el fondo— se juega la capacidad que podemos desplegar de ese otro que no nos atrevemos a ser, *jugándonos* (un reflexivo que Maga Catalá usa conscientemente: jugarse frente a —o junto con— jugar) en esa lucha amorosa que comienza por poner los ojos a la misma altura —como en las máquinas que sacan fotos con monedas, pero esta vez sin fogonazos sincopados—, que ser el otro pasa por ser *con* el otro y ahí comienza un lado ínfimo pero poderoso de lucha contra las

guerras, pues, por lo que se ve, hay más narcisos (en el sentido más común del mito), dando vueltas que lo que cualquiera puede pensar. ¿O será que en el poder de hacer la guerra se dan la mano Narciso, Onán y el bruto?

Magda vuelve y revuelve a Freud —como no—, a Nietzsche, a Otto Rank, a Hegel, a Kafka, a Rilke, a Octavio Paz, a Sor Juana Inés de la Cruz —mexicana la señora, diría el nacionalista que nunca falta, y del que me hago cargo ahora—, a ella misma (la Narcisa poeta en acción), a Jung, a la Klein, sin olvidarse de Lou Salomé, Simone, sin que falte un amigo, que así resume sus viajes «a caballo»: «Es como si tuviera un deseo muy inmenso de morirme y no me pudiera morir» (página 166).

Como claramente lo explicita en el «A modo de prólogo», deseo, amor y nostalgia son tres conceptos que circulan, vuelven, se esconden, atacan en las reflexiones. Más que un libro con soluciones mágicas, Magda Catalá rompe con los recetarios clásicos y opta por la acción terapéutica que supone —nada menos— hacerse cargo de que uno es un ser para morir, que en el amor está la muerte, esa dicha, que hay que compartir la lucha para superar la conciencia independiente que sólo sobrevive porque exige una conciencia servil que la complete (Hegel *dixit*), que elaborar duelos y la soledad es uno de los mejores caminos —si no el camino— para saber quién es uno/una, mirarse al espejo, ser y saber que el espejo también engaña. En fin: que la

mano de mano de Magda viene pesada, porque por suerte no anda de madre por el mundo y la cosa no pasa por refugiarse en ella, en su libro, fabricando con él un raro útero de papel. No. Magda revisa e incita a revisar entre el humor, las apabullantes citaciones, el lenguaje coloquial metiendo su baza en el ensayo, el grito de «¡ojo!» que lanza al principio de la obra, y que desarrolla coherentemente, sobre los límites de las definiciones. Nacemos bajo el peso de las definiciones: nacer mujer o nacer hombre es un destino, destino mucho más señalado con respecto al hombre. Nacer mujer, está chupado. Pero nacer hombre y además llegar a serlo, vaya tarea: ser el fuerte, el emprendedor, el jefe, el impostor, un coñazo (con perdón por el resabio machista de este insulto). Lo inteligente y valiente (en el sentido de saludable, de la *valetudo* latina) de Magda Catalá es no perder en ningún momento ese criterio de realidad que le hace preguntarse: qué ha quedado de la mujer infradotada tanto tiempo por la cultura. Y aclaremos más, para evitar abstractos muy pesados: qué pasa cuando surgen mujeres con voluntad de ser individuos totales. La respuesta más lúcida, a mi entender, consiste en elaborar el lado positivo de la marginación, o sea la flexibilidad, una menor rigidez favorecida por su otro lado (la sequedad de la ley patriarcal); la progresiva ruptura con esa condición estratificada y jerárquica de la sociedad que vivimos, apoyada en fetiches —risibles pero ciertos— tales como la mujer-cosa, la mujer-cloaca (¿cómo resolver la contradicción entre los padres de la Iglesia —el de

la cloaca es San Agustín— y la propia «madre» Iglesia?), la mujer-cosmético que seduce para trepar hacia su cumbre —el marido (los brasileños hablan de «trepar» para designar el acto amoroso, pero el término vale para ambos sexos)— y, junto con eso, *conservarlo*, la mujer hucha, en fin. Para terminar, rescato varias veces ese otro lado del libro *Reflexiones...*: el camino entre no-ser y ser —que nunca se acaba, y somos una rara argamasa de vida y muerte al mismo tiempo— pasa por asumir esa lumínica soledad de saberse un cuerpo entero (el cuerpo que respira y piensa, que piensa porque existe, entre otras cosas, sin chorradas mal digeridas al estilo de creer que un ser humano se define por tener o no tener pene, he ahí la mentira); de saber que no estamos en el mundo para depender siempre de la teta o del abrazo simbólico de papá, que nos presta su *arma*; de saber que por nuestro cuerpo pasa el tiempo, y que de amores y muertes cotidianas va la vida, y que tal vez sea bueno recoger la lección de un nuevo heroísmo, que no consista en soportar pruebas ajenas a nosotros para lograr la cima (otra vez) que los roles sociales estipulan. Porque la cima está aquí dentro, *en el medio de mi pecho*. Y tal vez sea bueno recoger el agujijón que amorosamente nos clava Magda Catalá: ponerse a pensar en esas extrañas costumbres de los habitantes del Nilo —que narra Herodoto—, cuando las mujeres meaban de pie y los hombres sentados (pág. 22). ¿Quiénes serían más *limpios*? ¿Ellos o nosotros? ¿Ellas o nosotras? ¿Yo? ¿Ya?